

““Cuando la “discapacidad” juega, sorprende y enseña””

A veces los niños nos sorprenden con interrogantes, preguntas intrigantes que incluyen deseos para que se cumplan o realicen alguna vez. Hay un deseo que en los niños siempre causa intriga y de un modo paradójico los coloca en un escenario nuevo. Me refiero a estos instantes, donde nos miran y demandan: “...Quiero que me des una sorpresa...de regalo...una sorpresa...”

Los pequeños quieren que les demos un deseo, porque la sorpresa es desear que pase algo, que eso que se les done y él pueda recibir le provoque una sensación de novedad, una nueva experiencia no vivida, ni sospechada hasta ese instante.

El deseo para un niño y para todos es desear que suceda algo diferente, que difiera del resto. Ese deseo lo empuja, es una potencia que fuerza a imaginar otra escena aunque nunca se sepa cuál será...pero si tiene una leve certeza que para que pase algo o suceda tiene que animarse a sorprenderse o sea, a perder la experiencia que él hace y crear a partir de allí, otra. No se trata de una urgencia para que suceda algo, sino de una fuerza, un empuje hacia los des-conocido por conocer, por realizarse. Es más bien un impulso, un ritmo que pulsa hacia el otro, ya que el otro (el amigo, el conocido, el vecino, el semejante) es lo indeterminado, el quizás, o sea, el efecto inesperado de un encuentro posible.

Tal como plante el filósofo Jean – Luc Nancy en el libro “El Deseo”: “Tomemos el origen de deseo. Deseo es un término de origen latín, como muchos de los términos que usamos; el término es desiderium y su procedencia no es certera. Los propios latinos, habían fabulado que el término había sido elaborado a partir de otro término que quiere decir estrella. Hablamos del espacio intersidereal, entre las estrellas en tanto que están a una distancia enorme y no podemos alcanzarlas, En el deseo, de entrada, hay una distancia enorme al final del cual brillan las estrellas. En francés (désir), se ha eliminado el final de la palabra desiderium, contrariamente al italiano, desiderio; pero tiene su gemelo que es considerar, que también significa estar girando hacia las estrellas.

A los pequeños, el deseo se les escapa y por eso mismo, no paran de buscarlo y sorprenderse por lo que no saben. Sin darse cuenta, constituyen, así, un saber a partir del cual pueden fugarse. La fuga es un tránsito por la imaginación, la narración, un cuento, una escena, por ello, la crea en el acto actuante que implica jugar. Cuando un niño juega, crea la matriz del deseo para continuar deseando. La ficción, el artificio, le permite crear lo viviente del acto de desear.

Cuando un niño mira un objeto, una cosa como un juguete, se pregunta por lo que puede hacer con él. Desea sorprenderse del mundo, deseo que implica la pérdida de lo anterior y la creación de una nueva situación que lo impulsa al umbral de otra experiencia, aún venidera, que no existió ni existirá antes de esa realización. De esta manera, usa el objeto creando afectos y donando lo que no tiene materialidad o sustancia, sino valor y peso afectivo.

En la clínica cotidiana con los niños también encontramos, registramos, esos momentos en los cuales los pequeños nos demandan la sorpresa. Solo que ella por sí sola no puede llegar, muchas veces, necesita del otro para poder producirla, damos lugar a la realización de ese acontecimiento. Este acto es posible solo si también nos sorprende a nosotros. Nuestro deseo se ve sorprendido por aquello que no sabemos y creamos en la experiencia junto al niño. La sorpresa, como el don de desear no tiene representación previa, surgen en el espacio transferencial del “entredós”. El placer del deseo no está en tenerlo, lo deseante no es del orden del tener, sino exactamente en seguir, a su vez, deseando existir en el placer del deseo de desear.

Un niño pequeño llega a la consulta con sus dos años y el presunto y pesado presupuesto diagnóstico de trastorno del espectro autista. Luego de la primera entrevista con los padres, donde ellos relatan distintas conductas, llamativas de él, como por ejemplo, repetir palabras inconexas, aislarse, por momentos mira y en otros permanece desorientado, se mueve solo o a veces no nos responde, parece triste.

Lo veo a Alan por primera vez...cuando toca el timbre, la mamá a través del portero eléctrico exclama: “Estamos acá...respondo... ya bajo, así puedo conocerlo a Alan...”. Al dirigirme al ascensor, decido, intuitivamente, bajar con un títere, tomo a un conejo, un pequeño, títere verde, con ojos grandes, saltones y una llamativa boca roja, que enmarca el rostro del personaje, a quien colo el nombre de: “Conejin”.Al bajar en el ascensor, miro al conejo que sostengo en mi mano, lo veo y me miro frente al espejo jugando con él. Anticipo una imagen posible fuera de cualquier presunto diagnóstico del espectro autista. Salgo del ascensor preguntándome: “¿Podré jugar con Alan y el títere Conejin?... ¿Se asustará?... ¿Finalmente, podrá registrarlo?... ¿Le gustará compartir esa escena?...”

Sin saber lo que pasará, pero con la expectativa y el deseo que algo puede ocurrir, que una escena pueda suceder, voy al encuentro de lo inesperado, de lo que todavía no sucedió, pero genera la plasticidad de lo que todavía no aconteció. La experiencia de lo temporal, que todavía sostiene en suspenso lo que va a advenir y que nadie puede saber.

La puerta de entrada del edificio del consultorio está dividida en tres partes, un panel central de madera rectangular y otros dos paneles de vidrio rectangulares que permiten, sin ningún problema, mirar para uno u otro lado, o sea, para la vereda y la calle o para el pasillo del departamento. De esta manera, me coloco expectante detrás del lado de la madera, donde indudablemente, no puede verme. El portón, como por arte de magia, se transforma en el devenir de la escena, en un retablo de títeres. Conejin se presenta del lado del vidrio y saluda a Alan: “Hola”, él, sorprendido, sonrío e intenta agarrarlo, gritando: “Hola, hola”, al hacerlo, realiza un par de saltos...el vidrio los separa pero al mismo tiempo, los une, como una membrana. Conejin grita alegre: “Soy Conejin, Conejin y vengo jugar con vos”, Alan acerca el rostro al del títere, toca el vidrio. En ese toque, se toca la fantasía en la realidad, fusión que crea en lo intocable, la otra escena por venir. Alan responde: “Hola, hola, Alan, hola”...

La escena continúa del siguiente modo, ambos rostros entre el vidrio tocándose, se acercan y se separan, hasta que un momento, Conejin se esconde tras el sector de madera. Del otro lado, Alan queda desconcertado buscándolo. En ese instante, Conejin va al otro panel de vidrio y lo golpea para llamar la atención de Alan. Él corre y vuelve a colocar su rostro a la par del títere. El juego vuelve a repetirse, se acercan y se alejan hasta que Conejin va al otro extremo llamándolo, previo a haberse escondido (junto a Esteban) en el sector de madera. Alan se ríe a carcajadas y se dirige al otro panel de vidrio y la escena vuelve a repetirse, se esconden y vuelven a encontrar, de por medio entre los rostros, circula la gestualidad, los sonidos, las risas y carcajadas, que Conejin no para de realizar. Hasta ese instante, Esteban (titiritero) todavía no había aparecido. La escena se había montado sin él. Tal vez sea esta nuestra función, pasar desapercibidos para que la experiencia en el devenir se transforme en escena y acontecimiento.

A continuación (siempre separados por la puerta de entrada), Conejin comienza a mordisquear la mano de Esteban, en ese momento, salgo del panel de madera, retándolo a Conejin porque se portaba mal y me mordía, lo miro a Conejin y me enojo con él porque no para de moverse y morderme. Del otro lado del vidrio, Alan mira atentamente lo que ocurre. Giro y de mirarlo al títere, lo miro a Alan por primera vez, él me sonríe y me dice: “Hola”...”Hola”, lo saludo, y cuando lo hago, Conejin me tira del pelo, vuelvo a retarlo y a decirle que me duele. Lo miro a Alan, que se está riendo a carcajadas por el lío y los gestos que realiza el títere, Conejin. Tomo esta gestualidad y como Esteban intento agarrarlo a Conejin que se mueve entre los tres paneles, el de madera y los otros dos de vidrio.

Este gestualidad en vaivén captura la mirada y la postura de Alan, que sigue el movimiento de un lado para otro. Registra la escena y está en ella (pese a que se encuentra del lado de la calle). Durante unos minutos, el pícaro Conejin no deja de hacer diferentes travesuras e intentar molestar a Esteban (pellizca, muerde, se mete entre la ropa, le tapa los ojos, le aprieta la nariz). Finalmente, abro la puerta rápidamente y lanzo a Conejin a la calle, Alan perplejo por lo imprevisto del acto, espera y corre a buscarlo a la vereda, lo agarra y lo trae, como la puerta quedo entreabierta me lo alcanza y la cierro. La experiencia escénica vuelve a repetirse con más carcajadas y gestos que enriquecen la complicidad de lo que ocurre en el entredós del encuentro.

Frente al panel de vidrio, le explico a Conejin que no puede portarse tan mal, miro al títere y lo miro a Alan que en ese momento toca el vidrio con su rostro, Conejin exclama: “Me voy a portar bien, muy bien”, Alan lo escucha y responde: “Portate bien, portate bien”. Conejin insiste y me pregunta: “¿Podemos abrirle a Alan, le abrimos la puerta?”...le respondo que sí y digo: “A la unaaa...a las dosss...y a lasss...”. Sin dejar de mirarlo a Alan, él sonríe y tomo la sonrisa como el gesto afirmativo. Al abrir la puerta, sin mediación, Alan toma a Conejin y lo tira al piso. Expectante, me mira para ver cuál es la reacción. Encarno la voz de Conejin y expreso un quejido de dolor y protesta por tirarlo, al hacerlo, Alan comienza a reírse sin parar. Va en su búsqueda, lo agarra, me mira, se sonríe y lo vuelve a lanzar lo más lejos posible.

En estas instancias, había pasado gran parte del tiempo destinado a la primera entrevista con Alan. Subimos al ascensor y llegamos a la puerta del consultorio, estábamos por entrar en él, Alan, la mamá, Conejin y Esteban. Conejin dice: “Juguetes, vino Alan a jugar con nosotros, ¿quieren conocerlo?”...cambio la voz y como si fuera los juguetes de adentro, digo: “Si entrá, queremos conocerte, pasá y te mostramos todos los juguetes para jugar”. El pequeño me mira, mira la mamá y entre estas miradas digo: “Vamos a entrar a la unaaa...a las dosss...y a lasss”. Si bien no dice tres, hace una gran sonrisa que interpreto como si lo fuera ya abrimos la puerta para jugar.

Alan agarra algunas pelotas del canasto y las lanza sin mucha dirección, enseguida ve unos bloques de diferentes colores y a medida que agarra cada uno, va nombrando el color: “Rojo, verde, amarillo, azul”, nombra correctamente cada color correspondiente a cada ladrillo. Sin embargo, me llama la atención que no juega con ellos. Conoce los colores, sabe apilarlos pero no puede generar una experiencia infantil más allá de ese conocimiento.

Al poco tiempo, la experiencia se aplan y empobrece en la propia acción sensoriomotora que parece encerrarse en el sí mismo de los colores, del encastré o el ensamble apropiado, pero sin embargo, sin vida. Enuncia los colores correctamente, arma una torre, deambula constantemente con los ladrillos en la mano pero no puede experimentar el placer de jugar con ellos a otra escena. Finalmente, la búsqueda termina sin encontrar nada más que lo que ya había hallado previamente, los colores, la forma, el correcto encastré de cada ladrillo en cuestión y el movimiento sensoriomotor.

Me contacto telefónicamente con la escuela de Alan, la psicopedagoga me relata lo siguiente: “Estamos muy preocupados por él. Es muy inteligente, resuelve problemas cognitivos que otros niños de su edad no pueden resolver. Lo que más le gusta son los rompecabezas, cuando ve alguno le llama la atención y lo resuelve, aunque tenga muchas piezas. Otros niños de su edad no podrían hacerlo, pero también es una dificultad, porque una vez que los agarra no se lo puedes sacar hasta que no termina de completarlos. Por ejemplo, si está armando el rompecabezas y le decís que tiene que dejarlo, grita, se tira al piso, patalea, hasta que vuelve, y culmina obsesivamente de arreglarlo. No puede faltar una pieza, sino no para de gritar.

Lo que más nos preocupa, continúa diciendo, no es solo esta actitud, el deambular constante y la manipulación de objetos, sino que no puede relacionarse con ninguno de sus compañeros en las distintas actividades que proponemos. Ni siquiera cuando almuerza, ya que pasa muchas horas en el jardín. Los papás lo dejan a las 8:30 y lo retiran a las 17. Imaginate, no logra relacionarse con sus compañeros”.

Desde diferentes técnicas conductuales, se podría ejercitar y ampliar sus aprendizajes. Así como se le enseñó los colores, se haría lo mismo con los números, con los hábitos de limpieza, aseo e higiene, también con los nombres de los animales, configurar agendas de los días de la semana y las diferentes actividades a realizar cotidianamente. De este modo, Alan aprendería los comportamientos y conductas que tendría que hacer, repetiría “de memoria” una a una, todas las acciones y completaría su día tal como puede hacerlo con los rompecabezas. Así, totalizaría su agenda semanal, siendo él una pieza más de ella, de la organización.

Controlar, planificar, determinar y organizar las conductas consideradas pertinentes, de acuerdo a un diagnóstico o pronóstico preestablecido, no deja de recordarnos el libro de Aldous Huxley, “Un mundo feliz”, publicado hace exactamente ochenta y seis años, pero continúa advirtiéndonos de la actualidad vigente de esta problemática. El autor lo expresaba en esa época del siguiente modo: “En el curso de la siguiente generación, creo que los gobernantes del mundo descubrirán que el condicionamiento infantil y la narcosis son más eficaces como instrumentos de gobiernos que los garrotes y los calabozos, y que el ansia de poder puede satisfacerse completamente mediante el acto de convencer a la gente de amar su servidumbre en lugar de patearlos y flagelarlos para que obedezcan”.

La ambición prepotente del ser humano por dominar, clasificar, controlar y determinar la vida de los otros no tiene límites, tal como nos advierte Huxley. Mucho más, si en este caso, es un niño, como Alan, por supuesto se duplica o triplica, si además fue diagnosticado de trastorno del espectro autista por el Manual Diagnóstico y estadístico de trastornos mentales DSMV. Justamente, el mismo Manual que hasta su edición de 1973 afirmaba a la homosexualidad como enfermedad susceptible de pronosticarse, diagnosticarse y medicarse para ser eliminada y curada.

Retomemos la escena en la cual Alan enuncia los colores, construye una torre de acuerdo a cada color, deambula, manipula los bloques coloridos con la mano, es un movimiento sensorial que se basta a sí mismo sin relacionarse con otro ni con otra experiencia diferente de la cual partió. Al desarrollar toda esta acción, Alan no mira más allá que los ladrillos, la madre sentada en un rincón, observa expectante de lejos, sin intervenir, lo que hace su hijo...decido incluirme en ese hacer, miro a Conejin, lo coloco en mi mano, encarno la tonalidad de la voz que inventé para él, me aproximo y digo: “Quiero jugar con los ladrillos, me voy a llevar algunos al tobogán”, a continuación, Conejin, junto con los ladrillos que había llevado, los lanza por la pendiente. Alan registra la escena, corre hacia allí, toma los ladrillos y lanza con fuerza a Conejin, cuando cae, grito de dolor haciendo de cuenta que al títere le duele. Sorprendido, Alan se sonríe y va a buscarlo, me mira, esboza una sonrisa y lo lanza para atrás. A tocar el piso, grito expresando el dolor y la bronca por la caída. A carcajadas, Alan no para de reírse por lo que acaba de hacer. Rápidamente, la simple acción se transforma plásticamente en gesto.

El gesto de Alan sin duda pasa por el campo del otro, enlaza a Esteban, también a la mamá y al personaje Conejin, cuyas travesuras él reproduce en forma invertida. Ahora es él el que hace uso de su imagen corporal y utiliza a Conejin para ser travieso, pícaro y jugar el placer de arrojarlo, que caiga y exprese el malestar por lo que él le hace. Se trata de una experiencia abierta, relacional que va hacia lo simbólico y enlaza lo imaginario. Este anudamiento pone en juego el afecto que se va produciendo en el devenir de la experiencia atravesada por el deseo de desear, buscar y encontrar al otro en el placer como causa y efecto de la realización escénica.

Por este camino, Alan comienza a jugar. Una de las funciones de este acto implica poder colocarse en el lugar del otro, ya que para jugar hay que poder “desdoblarse”, un niño nunca juega a ser de verdad, sino el placer de hacer de cuenta que no es él. La expresión de los niños al jugar corrobora lo antedicho: “Dale que yo era...Jugamos a ser...Hacemos de cuenta que somos...”. De esta manera, la experiencia del juego, necesariamente, se relaciona con otro semejante a él pero al mismo tiempo diferente, si fuera exactamente igual, no tendría sentido jugar.

Otras de las funciones de jugar es crear y creer en el sin sentido ya que el sentido se multiplica a partir de generar un espacio vacío para que sucedan nuevas imágenes, personajes e historias. Esta multiplicación, efecto del sin sentido, implica una repetición siempre diferente de una nueva significancia a realizar en cada juego, que en tan total, conlleva la vida de una representación a conquistar, a vivir, a pensar. Es esta la gran diferencia entre aprender un color, ubicarlo en su lugar, apilarlo, ensamblarlo (como al inicio realizaba Alan) o configurar una experiencia en la cual él exista como sujeto y aprehenda la realidad que implica “perder” su lugar, ubicarse en el lugar del otro y desde allí, jugar la chispa infantil de la escena.

Montaigne, hace muchos años escribió que enseñar a un niño no es llenar un vacío, sino encender un fuego. Cuando un niño se lanza a jugar, enciende el fuego de lo imposible, sin darse cuenta, crea la plasticidad de la memoria basada en la experiencia, el olvido y el recuerdo, sorprendiéndose del deseo de desear lo nuevo. Junto a Alan, damos lugar para que este camino una vez más, suceda y al hacerlo, transforme y sorprenda.

Eteban Levin
estebanlevin@lainfancia.net
www.facebook.com/estebanlevin.lainfancia
www.lainfancia.com